

Todo empieza con una línea

Me ocupo en dibujar. Podría decirse que lo hago con ahínco o perseverancia: quizá de forma obsesiva. La rutina es así: me levanto, tomo café y dibujo, en algún punto voy al baño, sigo dibujando, tiempo después voy a la cocina, ingiero cualquier cosa, quizá un poco de la pizza que compré ayer, y continúo. Me duele el cuerpo a cada rato. Las manos y la espalda, sobre todo. La mano izquierda, más que nada. Soy zurda. Con la mano izquierda saludo, tomo agua, me lavo los dientes, masturbaba a mi novio cuando tenía novio. Ahora prefiero solo dibujar. Es lo único que puedo hacer. Digo, podría hacer otras cosas: salir a la calle a dar una vuelta o ir al cine o leer; la verdad es que no quiero. Además de esto, nada tiene sentido desde aquel día.

Ya terminé cien hojas de un par de blocs: forman un solo trabajo que empecé desde ese día y sigo hasta hoy. Un solo dibujo que, después de su exhaustiva repetición, expande su presencia a través de las hojas. Quizá no lo termine nunca y quizá sea mejor estar así, enfrascada en trazar lo mismo, obsesivamente, compulsivamente, repetidamente.

¿Qué es lo que hace una artista sino repetirse? Pienso en eso después de terminar una versión más y comenzar una nueva: repetirse es una forma de entender, yo creo que algo se va conformando con cada trazo, algo que aún no puedo poner en palabras. Puedo explicar la técnica, eso sí: tinta china sobre papel Fabriano. Podría explicar que la tinta china busca un trazo firme y al mismo tiempo sutil, que destaque la seguridad de quien tiene el pincel en la mano y su control sobre los movimientos más ligeros. Lo que no puedo explicar es eso otro que va apareciendo, algo que significa pero no con palabras, el intento por alcanzar un vacío, un hueco, como cuando dices la palabra árbol tantas veces que pierde sentido.

Uso tinta china porque a ella le gustaba. Poco antes de que ocurriera le hice un dibujo: tallos, hojas, vegetación; le gustaban los seres precisos y delicados: insectos, aves, flores, por eso nos llevaba tan seguido al bosque. A nosotros nunca nos agradó (me refiero a mi hermano, a mi papá, a mí). Nunca queríamos salir de la ciudad, nos parecía absurdo porque aquí todo es tan cómodo y allá tan recóndito, polvoso y asoleado. Pero desde que mi hermano y yo éramos chicos ella nos llevaba al bosque cada cierto tiempo, una especie de ritual familiar inquebrantable, como las idas a los museos o a las bibliotecas. Entonces íbamos sin protestar: caminábamos, a veces subíamos pequeños cerros; terminábamos requemados y exhaustos, ansiosos por volver a casa, a lo conocido.

Le encantaba visitar sitios nuevos, aunque al final, es decir, poco antes de que ocurriera, se conformaba con lugares cercanos: uno de esos bosques a los que llaman pulmones porque gracias a ellos respira la ciudad; son lugares más bien tristes, de un verde opaco, casi gris: árboles con hojas impregnadas de smog y tristeza de ciudad, mesas, bancas y asadores de ladrillo cada tanto, donde la gente se reúne a asar carne.

El olor de la carne me da asco: mi madre nos crió vegetarianos y al final mi hermano lo dejó, pero yo seguí. Ella decía que la gente puede comer carne si quiere, lo importante es que tengas en la conciencia de dónde vienen tus alimentos, eso me decía y se me quedó grabado. Pienso en la conciencia y mi mano cansada resiste un poco más. Sigo dibujando y la línea resbala desde el pincel, responde a cada gesto de mi mano: cambia de grosor y dirección mientras recuerdo nuestras visitas al Museo de Antropología. Esas salidas sí me gustaban: marcaba el día en mi calendario de pared y cuando llegaba para mí era una fiesta. ¿Tendría unos ocho, diez años? Me ponía mis tenis fluorescentes y en la cangurera metía lápiz y papel. Una vez en el museo, tomaba notas y dibujaba las piezas, imitando a mis padres cuando trabajaban en su estudio. No sé qué habrá pasado con esas pequeñas libretas, se habrán perdido en alguna mudanza, pero la sensación al dibujar sigue: apuntar lo que veo, tomar registro, intentar comprender.

Mis padres se conocieron así, tomando notas. Se veían de vez en cuando en la biblioteca de la universidad y poco a poco se enamoraron. No sabría cómo explicar su relación sin que suene cliché: eran el uno para el otro, almas gemelas. Supongo que a veces pasa. Digo, a mí nunca me ha pasado ni espero que ocurra, pero ellos eran la prueba viviente de muchas cosas. Por ejemplo, del amor a la ciencia. Era parte de nuestro día a día: enzimas, microorganismos, membranas, reino, clase, orden, familia, género, especie. Creían en el rigor, la disciplina, lo preciso y lo sutil. Entre sus colegas, en la academia, en sus clases y conferencias, eran queridos y admirados. Yo los escuchaba con interés por un rato, pero estaban tan inmersos, eran tan obsesivos, que casi siempre terminaba fastidiada.

Conforme crecí, me fui convenciendo de que la vida estaba en otra parte, es decir afuera, por eso mi sueño era dejarlos, irme lejos, a una ciudad más grande, quizá Tokio. Siempre me gustaron las caricaturas japonesas y en eso contradecía a mi madre, que no me dejaba ver televisión. Entré a estudiar artes porque quería hacer cómics sobre robots o adolescentes con

superpoderes: la fantasía era un antídoto contra tanta ciencia, tanta comida con horarios y porciones asignadas, que estaban bien pero eran aburridas. A mí de chica me daban celos los niños que comían papitas y frutsis, los veía en el recreo y salivaba; tenía que conformarme con mi *lunch*: jugo natural, frutos secos y verduras, sobre todo zanahoria y betabel cocido. Claro, ella tenía sus razones y por eso estoy sana: se puede ver en mi cabello largo, terso, oscuro, tan parecido al suyo. Sus cuidados siguen aquí conmigo, pero en ese entonces me aburría: qué niña va a querer comer sano y que le prohíban ver televisión.

Un poco mayor, yo me rebelaba y discutíamos muy seguido. Eran peleas absurdas: le pedía que se relajara, le decía que el mundo no se iba a terminar si por un día incumplíamos las reglas, pero ella no cedía ni un ápice. Ni siquiera con mis provocaciones. Me escuchaba y justo cuando estaba a punto de estallar (un gesto que yo reconocía de inmediato) se recomponía, se alisaba la blusa pasando varias veces las palmas sobre la tela fina (vestía casi siempre camisa en color pastel, pantalón formal y zapatos de tacón bajo), se ajustaba la ropa y el enojo se disolvía. Me respondía tranquila, exponiendo de principio a fin sus razones para hacer tal o cual cosa de algún modo. Era tan desesperante intentar discutir con ella. Nunca se dejaba llevar por el enojo, si se molestaba demasiado solo se iba del lugar. Otra cosa muy suya eran sus movimientos pausados y firmes, su estar apacible y un tanto apagado. Sonreía poco, pero cuando lo hacía daba calor por dentro. Tenía una presencia suave, dócil como la tinta china cuando la barra se disuelve sin poner resistencia en el agua contenida en la piedra, dulce como cuando remojas un pincel y comienzas a trazar.

Esa personalidad suya no correspondía con lo que ocurrió después. Comenzó a juntarse con personas apasionadas, difíciles, conflictivas, siempre buscando problemas. Eso me sorprendió porque hasta ese momento ella era muy reservada y evadía todo tipo de confrontación. En alguna clase nos explicaron que el trazo con tinta china es considerado una técnica zen. Nos contaron de un gran maestro de la tinta: era japonés y dibujaba casi rezando, a modo de ritual. No es que intentara representar al budismo, él era el budismo: su práctica encarnaba los preceptos de Buda, que consisten en abandonar todo pensamiento para quedarse vacío y poder así experimentar el mundo pleno, sin palabras que lo opaquen. Quisiera lograr algo parecido con este dibujo. No me refiero a la iluminación, sino a vaciarme, ser estos trazos, volcar en ellos todo lo que tengo en la cabeza y hacerlo desaparecer a base de insistir.

Voy a la cocina y como un pedazo de pan. No tengo hambre, pero sé que debo comer. Papá me dice a cada rato que coma. Papá está destrozado, pasa todo el día en el sillón. A veces resuelve pendientes por el celular; otras, observa un libro abierto fijamente, sin pasar de página, con la mirada perdida. De vez en cuando recibe visitas. Yo me he negado a ver a nadie. Sobre todo a ellos. Sé que no fue su culpa, pero siento como si lo fuera.

Hablo de aquellas personas que la encaminaron hacia la muerte. Activistas, se nombran. Compañeros. Hermanos. Ella metida en todo eso; en verdad no lo vi venir. Empezó con un

grupo de estudio, después pláticas telefónicas a altas horas de la noche. Poco a poco se fueron instalando en su vida el entusiasmo, los textos de historia y sociología, las pancartas con consignas escritas a mano.

Un día, un compañero de la universidad me mandó un video: ahí estaba ella. Ni siquiera se molestó en avisarnos que iba a la marcha, mucho menos en invitarnos. Eso enfureció a mi padre, porque, dijo, era una decisión que involucraba a toda la familia: nosotros deberíamos ser los primeros en saber.

La vimos en la pantalla de la computadora, caminando bajo el sol, al frente de unas veinte personas, gritando como nunca la vimos gritar. Entonces nos enteramos: el movimiento era para defender una región de selva: *Animalia, Plantae, Fungi, Protista, Monera*. Ninguna otra cosa podría poner a mi madre así. Quise decirle algo cuando volvió, pero siempre fue tan reservada, tan cerrada en sí misma, como esas esculturas monumentales que exhiben los museos de historia, o quizá era un mineral opaco: esas piedras cuyo peso enfría la mano y a la vez son hermosas.

Por más que aquel día mi padre le habló de política, de gente poderosa, de narcos, de empresarios con muchas influencias y maneras espantosas de hacerla callar, ella no hizo caso y siguió: recababa firmas, levantaba denuncias, escribía artículos; tenía un libro a medio hacer cuando pasó. Parecía que había encontrado, por fin, la manera de llevar ese amor por la ciencia hasta el límite.

Mientras, yo me encerraba a dibujar como lo hago ahora: oscuridad sobre blanco, intención sobre papel, fuerza o delicadeza, forma o mancha. No veía nada malo en que ella hiciera lo que quisiera, a fin de cuentas siempre parecía tener todo bajo control, y nosotros, después de seguir algunas normas básicas sobre alimentación y horarios teníamos cierta libertad, cada quien hacía su vida a su gusto: mi hermano trabajaba en el extranjero, papá estaba casi todo el día en la universidad y, cuando volvía, en su estudio, yo me la pasaba metida en el taller, pintando; mientras, mamá gritaba en las calles. El único que estaba en contra era mi padre, pero después de un tiempo la inercia lo llevó a aceptar la situación: no había manera de detenerla.

Mi madre salía a manifestarse con la misma ropa que usaba para salir al bosque: tenis, pantalón de mezclilla, una playera blanca holgada. Pienso en ella, en su silueta, en su figura: sus piernas curvas, redondas, era grande mi madre; en cambio papá ahora se ve tan pequeño y frágil, llorando siempre. Yo no lloro. No he llorado ni una vez. Dibujo, como, duermo. Eventualmente, hago té. Ella me enseñó muchos remedios: té de lavanda para los nervios, de rooibos para la gastritis, de equinácea para subir las defensas, té de naranja, de canela, de jengibre, de limón; le gustaban tanto que siempre olía a hierbas. En eso la imité como una copia al carbón: amo servir el agua caliente, mirar el color de las plantas desplegándose en el líquido.

Cuando volvió del secuestro, lo primero que hizo fue prepararse un té. Fue un secuestro exprés, duró exactamente diez horas y veinticinco minutos. Ya habíamos hecho miles de llamadas, enviado miles de mensajes y llevaba varias horas moviéndose una publicación con su foto en

redes cuando regresó. Volvió a casa solita, caminando. Nos dijo que no fue nada, pero cuando hizo el té de toronjil le temblaban las manos. Mi padre iba a empezar a gritar cuando ella alzó la mano libre, la que no sostenía la taza y nos mostró su palma, como si hiciera un juramento. Nos dijo, con un gesto que casi asomaba una sonrisa nerviosa: «este es mi frente, de aquí no me muevo». Nos quedamos callados. Yo me fui a mi habitación, poco después escuché que mi hermano y mi padre le hacían reclamos exaltados. Pensaban que había enloquecido.

Siempre he usado la pintura y el dibujo para refugiarme. Desde muy niña pensé en dedicarme a las artes; al principio creí que sería escultora de tanto que me fascinaban esas piezas en los museos. Mi favorita era la Coyolxauhqui del Templo Mayor, me causaba fascinación y morbo. Un disco de piedra colosal: la diosa de la luna, muerta por su hermano, el cuerpo desperdigado en la cima de una montaña. Su cabeza quedó arriba; el resto de su cuerpo rodó, rompiéndose en pedazos. En esos fragmentos pienso cuando dibujo a mi propia diosa lunar. Sus brazos eran grandes, no tanto como las piernas; sus manos, en cambio, eran delgadas.

Disfruto dibujar manos; a muchos en la carrera no les gusta, pero el ejercicio de las cien manos yo lo hice de una sentada, en un par de horas. Amo las manos de la gente. Solía cuidar mucho las mías: las hidrataba, les daba masajes suaves, me hacía manicure. Disfruto mirar las de otras personas, adivinar lo que significa cada pequeña arruga o cicatriz. Eso me gustaba de mi exnovio: sus manos tan robustas, con callos en la punta de los dedos; es ebanista. Terminamos apenas pasó. Él no entiende lo que hago ni lo que ella hizo; no quise explicarle, no quiso esperar a que el tiempo le ayudara a comprender. Me dijo cosas espantosas cuando se fue, la insultó a ella que ya no está: «es de idiotas no tener miedo». Lo peor es que sí, ahora que lo veo de lejos pienso que su valentía rayaba en lo irracional; en ese momento nos confiamos y la dejamos hacer. Para nosotros parecía invencible: no importaban las amenazas, los levantones, parecía tener un as bajo la manga siempre; papá, mi hermano y yo la solapábamos, olvidábamos el miedo porque ella era en realidad la fuerza que nos mantenía firmes. Pensábamos que era indestructible como esas esculturas en el museo: dioses que mantienen el equilibrio del mundo, imperturbables y sólidos. Y de algún modo era así: poco después de que la mataron empezaron a derribar la selva.

Así de fuerte, sus manos eran delgadas, huesudas pero firmes, contrastaban con su cuerpo ancho. La cara... ¿podría recordar su cara en aquel momento? El rostro conforma un trabajo aparte, desde el principio este dibujo ha sido difícil, pero evocar y plasmar sus ojos abiertos, la boca desencajada, la nariz sangrando, es casi imposible.

En cuanto la vi me apresuré a comenzar los bocetos, todo el trabajo posterior sale del apunte primigenio. Qué podía hacer, qué más podía hacer si al volver a casa la encontré en el piso, inmóvil, inerme, destrozada como si su cuerpo también hubiera rodado cuesta abajo por la ladera de una montaña. Ahí descubrí que las palabras no alcanzan. Por eso no puedo explicarlo. Por eso lo hago de este modo, para vaciarme del sufrimiento como hacían los maestros budistas. Es fácil de decir pero la práctica es otra cosa: al principio el dolor fue un grito ahogado, una bola

de aire en el estómago, después se volvió un malestar permanente: dolor de cabeza, de cuerpo, ganas de terminar con todo en el peor de los casos, casi le pasa a papá pero lo alcanzamos a detener justo después de que estrellara contra el piso el jarrón de cristal. Lo quieren encerrar en una clínica y yo no los dejo. Mi hermano, en cambio, lo que hace es ocuparse, moverse todo el tiempo: pasa el día en los juzgados, en los ministerios, pidiendo algo que dice muchas veces con una palabra, pero no la voy a repetir porque no existe, eso que él busca no existe y se va a cansar de buscar, o no, quizá encuentre otra cosa, pero lo que está pidiendo no lo va a encontrar, no sé si él lo sepa. Se me descomponen las palabras así como el estómago, intento comer porque recuerdo que mamá me hablaba de mi cuerpo: los jugos gástricos, las sales, los minerales necesarios para funcionar.

Es curioso, justo cuando la vi pensé en eso, en su cuerpo: piel, músculos, nervios, órganos, huesos; muy pronto esas ideas se disolvieron y solo pude pensar en aquella diosa caída, Coyolxauqui, a quien su propio hermano, Huitzilopochtli, asesinó. ¿De verdad la mató para defender a su madre? Quizá todo fue una artimaña, como ocurre tantas veces en las historias antiguas. Sí, todo fue una estrategia para hacerla a un lado. Es tan común en las mitologías: quien se atraviesa en el camino de los que tienen el poder son expulsados del juego en un gesto espantoso, pero al leerlo es simple, apenas ocupa un par de renglones: la mató, la asesinó, la desmembró, arrojó su cuerpo montaña abajo, su cabeza la lanzó al cielo. **C**



OLIVERIO HINOJOSA. *El soneto naciente*, 1991. Serigrafía, 560 mm x 760 mm, ed. 44/50